

hipócritalector

| Miércoles 8 de Junio de 2022

SUPLEMENTO ESPECIAL

LOS DÍAS ROJOS DE

LÓPEZ ZAVALA

MARIO ALBERTO MEJÍA

Los siguientes capítulos forman parte de la novela inédita Está Dicho que Nadie Debe Saber Nada, a publicarse en noviembre próximo. El autor de la misma aparece en la trama como Juan Pablo Vergara. Todos los hechos narrados, así como los diálogos, son absolutamente reales.

1 (Estado de Puebla, circa 2010)

Javier López Zavala estaba maravillado con la vida cuando escuchó las palabras mayores: serás candidato y luego gobernador.

Jubiloso, brindó con sus amigos más cercanos acompañado del grupo de su preferencia: K-Paz de la Sierra. Con ellos cantó unas quince veces su canción favorita: “Pero te vas a arrepentir”.

Dos días después inició su precampaña. Juan Pablo Vergara fue invitado una semana después. Al llegar a un helipuerto cercano al hospital Ángeles de Puebla, Vergara fue recibido por René Lechuga, uno de los colaboradores más cercanos del candidato del PRI.

—No tarda el jefe —le dijo.

Eran las diez de la mañana. Vergara no había desayunado y preguntó si no tenía por ahí un café y un sándwich. Acababa de viajar con Rafael Moreno Valle y probó un emparedado con crema de cacahuete que no estaba nada mal.

En respuesta, le dieron un vaso desechable con whisky tibio. —Ah, caray, ¿ya tan temprano?

—Es para que entres en calor, mi Juan Pablo —le dijo Lechuga.

—Pero son las diez de la mañana. Prefiero un chokomilk. (Risas).

—Es lo único que hay en el protocolo —le respondió.

—Pero está tibio. ¿No hay hielos o agua mineral?





—¡Así lo tomamos en la Sierra! —dijo Lechuga entre carcajadas.

Cuando López Zavala subió al helicóptero la fiesta ya había empezado. Volaron durante cuarenta minutos hasta llegar a Huauchinango. Entre los ruidos del helicóptero, el candidato le confió a Vergara algunos puntos oscuros de Moreno Valle.

—Es para la Quinta Columna, Vergara —y le dio un trago a su whisky.

Vergara descubrió que el de él sí tenía hielos y agua mineral. A su llegada subieron a una Suburban. Lechuga volvió a llenarle el vaso desechable con whisky tibio. Vergara dijo no, gracias, pero alguien propuso un hidalgo y no hubo manera de zafarse. Al término del mitin, subieron a un autobús.

—¡Es el Zavalabús! —dijo ente risas el candidato.

Volvieron a brindar. Vergara con whisky tibio. Los demás con whisky con soda y hielo. La nueva ruta fue Xico-tepec. Más whisky al subir a una Suburban. Más whisky al terminar el acto y volver a subir al Zavalabús.

—¡Vamos a Venustiano Carranza en helicóptero! Lo tomaremos en Poza Rica —le confió Lechuga.

Y así fue. Más whisky tibio, otra Suburban, un nuevo mitin. Luego vino una comida en un rancho de Bruno García. Otro whisky para llegar allá en una nueva Suburban. El regreso a Puebla fue en un avión de ocho plazas, cortesía de Ricardo Urzúa. Nuevos tragos de whisky, nuevas revelaciones sobre Moreno Valle.

Al llegar a su casa, Vergara devolvió en dos minutos la gira entera.

2

(Ciudad de Puebla, circa 2010)

En las oficinas de Javier López Zavala todo era optimismo.

Las encuestas a modo los ponían de excelente humor.

—¿Como de cuantos puntos arriba estamos hablando, mi buen? —preguntaban los encuestadores.

—¡Ponle veinte, cabrón! ¡Que no se diga que hay miseria! —respondían los operadores del candidato del PRI.

Todos los días, inevitablemente, llegaban nuevos estudios demoscópicos. El candidato vivía en una nube de glamour.

Del otro lado, en el búnker de Moreno Valle, Fernando Manzanilla revisaba con lupa las metodologías. Cuando algo le saltaba mandaba llamar al encuestador. Lo interrogaba muy en el estilo policiaco. Y hasta que no quedaba satisfecho lo dejaba en paz. No quería una sola décima inexacta. Quería ver la realidad pero no a través de un espejo.

—¿Cuál es tu pronóstico, Fernando? —le preguntó un día Juan Pablo Vergara a veinte días de la elección.

—Llevamos un crecimiento sostenido. Entre más pasan los días, más crecemos. Ellos en cambio llegaron a su techo y vienen de bajada. En una semana se dará el cruce. Y ahí ya no habrá marcha atrás. Les ganaremos por diez o doce puntos.

—Ellos juran que les llevan veinte puntos en este momento.

—Jajaja. En sus encuestas hechizas sí. En la realidad, no. Nos superan si acaso por cinco o seis puntos. Pero su caída es brutal. Están engañando a Zavala.

—¿Tienes encuestas de Los Pinos?

—Me acaba de llegar una. Mira: nos ponen en empate técnico. Pero no me confío. Prefiero pensar que vamos abajo por seis o siete puntos.

Vergara se fue de farra con algunos operadores de Zavala una noche en la que el optimismo ya estaba desbordado.

—Le dijimos al jefe que vamos a echar unos tragos. Nos va a alcanzar.

—¿Siguen pensando que ganarán por veinte puntos?

—¡A huevo! ¡Si no es que más!

—Pero ya se supo que están engañando a Javier.

—¿Cómo vas a creer, pinche Vergara?

—Así como lo oyes. Y mi fuente vive en el vientre de la ballena.

—¿Cuál ballena, señor periodista?

—Viene de su equipo. Uno de los operadores me dijo que están inflando los números para que Javier esté contento.

—¡Pero nomás la puntita, Vergara!

Cuando Zavala llegó al bar, Vergara lo notó eufórico. Todo el tiempo presumió su ventaja. Fue ahí cuando dijo que iba a invitar a varios columnistas poblanos para ir a la final del campeonato de futbol soccer.

—¿De verás vas a ganar, querido Javier? —preguntó el periodista.

—Si lo dudas no vas a la final de fut en Sudáfrica, querido Juan Pablo. La duda ofende, chingá. ¿Qué pasó con esa confianza para tu amigo Zavala?







3

(Table dance Manhattan, Cholula, 1/7/2010)

Lolita salió esplendorosa a la pasarela a eso de la una de la mañana.

Era una joven guanajuatense bautizada así por Juan Pablo Vergara en la revista Intolerancia. Su nombre de bailarina era Perla, pero adoptó el nuevo nombre una vez que la clase política de Puebla la empezó a tratar y a contratar. Muy seguido le llovían citas por pago por evento. Era hábil en las diversas formas de sexo. Volvía locos a gobernadores, diputados y funcionarios. Sus enemigas la llamaban Perla Petra.

En una de las mesas de pista estaban Vergara y Arturo Rueda. Faltaban tres días para la elección.

—¿Ya sabes que López Zavala va a regalar viajes para la final del mundial de Sudáfrica, uey? —le dijo Rueda a

Vergara al tiempo que se bebía un whisky con soda.

—Eso me dijeron. Pero es sólo para los columnistas que se la juegan al cien por ciento por él, ¿no? —dijo Vergara sin quitarle la vista a Lolita, y con un tequila blanco en la mano.

—A huevo. Ya hay varios cabrones pidiendo chichi. (Risas). ¿No te han invitado, uey?

—No. No creo que me inviten. ¡Querían que le pegara a doña Engracia, la bisabuelita de Rafa!

—¡No mames, uey! ¿Qué se puede decir de la ruquita? (Risas).

Lolita bajó de la pasarela y se sentó con los periodistas. Rueda la vio de abajo arriba y la aprobó con las cejas.

—¿No has visto a Freddy? —le preguntó ella a Vergara.



—¡Ese Kirvan! ¡Ya lo perdimos! ¡Está jugándose la con López Zavala porque odia a Rafa!

—Me quedó a deber un dinerito para mis vestiditos.

Rueda soltó la carcajada y roció de whisky a Lolita.

Ella se limpió entre mentadas y risas, y les dijo que si querían un privado antes de que se fueran. Rueda dijo: “nel. Orita no”.

—¿Ya no has ido a Casa Puebla? —preguntó Vergara.

—Fui la semana pasada con el chaparrito —respondió ella.

—¡No mames! ¿A poco te lleva a Casa Puebla? —terció Rueda.

—Sí. Al anexo, papi. ¡No me vayas a bañar otra vez con tu whisky, pendejo!

Lolita se fue moviendo sus espléndidas caderas. Todas las bailarinas la odiaban por sus relaciones con la clase

política. A veces mandaban por ella en Suburban prietas o en Mercedes descapotables. Era la reina de la noche poblana. Con los años terminaría casada con uno de sus clientes y pariría cuatro hijos. Su espléndido cuerpo le daría paso a un mar de celulitis.

—¿Crees que gane Rafa, uey?

—Está difícil. Marín se va a jugar el resto. Aunque las grabaciones con Miss Carnitas le bajaron cinco puntos a Javier. Va a estar cardíaco.

Brindaron por la incertidumbre y quedaron de hacer un programa en las instalaciones de Cambio, el periódico que dirigía Rueda, al final de la elección. En eso sonó el teléfono de éste. Era López Zavala.

—¡No mames, cabrón, ya me gane mi viaje a Sudáfrica, uey!

4

**(Hotel Camino Real-Casa Puebla,
2/7/2010)**

El Camino Real de La Vista estaba vacío.

Ahí llegó Javier López Zavala para entrevistarse con un operador electoral a dos días de los comicios. Pidió unos huevos a la albañil al tiempo que bromeaba con su invitado. Estaba de buen humor, optimista, seguro de ganar.

—¿Hablaste con el góber? —preguntó el candidato.

—Sí, señor. Pero creo que hay una confusión.

—Luego me la dices. Tu amigo Zavala quiere que te metas de lleno el domingo en la zona metropolitana de Puebla. ¿Cuánto necesitas para la alquimia? Échale toda la carne al asador, amigo. ¿En cuánto nos sale? Necesito todos los votos posibles.

—Pero es que Alejandro Armenta y Javier del Rosario me dijeron que yo me fuera a Tecamachalco, señor. Ésa es la confusión de la que te quería hablar. A estas alturas ya es imposible proyectar algo. Tengo armada la operación, pero en Tecamachalco.

—¿Cómo? ¿Entonces tú no estás armando el tema electoral aquí? ¡No me chingues, amigo!

—Javier del Rosario dijo que Armenta me quería en Tecamachalco, señor. Pensé que tú estaba de acuerdo.

—¡No mames, Amigo! ¿Por qué no te metiste? ¡Son chingaderas!

Zavala hizo a un lado los huevos a la albañil y le pidió a un auxiliar que lo comunicaran con Armenta y Javier del Rosario. Estaba visiblemente molesto.



Mientras tanto, en Casa Puebla, el gobernador Mario Marín despachaba algunos pendientes con su amigo Pepe González, “Don Tomate”.

—¿Cómo va el yate, compañero?

—¡Precioso, compañero! ¿Cuándo nos vamos a dar una vueltecita?

—Deja que pase la elección, compañero, y con todo gusto.

—¿Cómo ves las cosas, góber? ¿Gana Javier?

—En democracia se gana o se pierde. Y el que pierde debe aceptar los resultados, compañero.

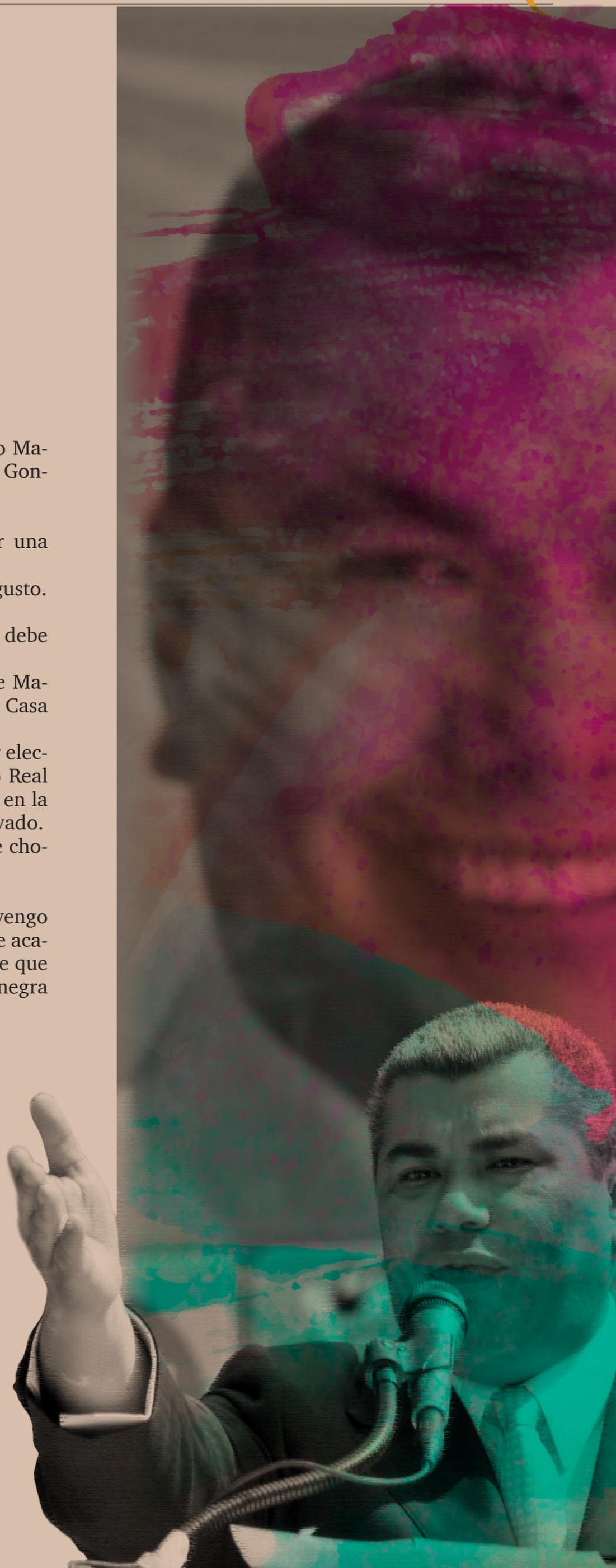
En ese momento pidió que lo comunicaran con Pepe Malagón. Ya al teléfono, lo invitó a comer el domingo en Casa Puebla.

El sábado 3 de julio, a las seis de la tarde, el operador electoral que había desayunado con Zavala en el Camino Real recibió una llamada de René Lechuga. “¡Me urge verte en la casa de campaña de la 2 sur!”. Ahí se vieron en un privado.

—¡Me pide el candidato que te prepares un grupo de choque! ¡Pero ya! ¡En fast track!

—¿Por qué todo se les ocurre a la mera hora, René?

—Ya conoces a Javier. Desde hace tres semanas le vengo diciendo esto y me decía “luego lo vemos”. Ahorita se le acaba de ocurrir que hay que hacer varias acciones. Quiere que vigilen el proceso y que además repartan propaganda negra contra Moreno Valle.



5

(Calles de Puebla, 4/7/2010)

La madrugada del día de la elección inició temprano.

Los grupos de choque de los candidatos Moreno Valle y López Zavala se reunieron en distintos puntos de la ciudad. Los primeros, por la zona del Mercado del Alto. Los segundos, en la 25 poniente, a una calle del bulevar Atlixco. Ambos contingentes llevaban chacos y bates de béisbol. Algunos portaban varillas y armas blancas. Dos o tres llevaban pistolas.

El grupo de Zavala estaba integrado por unos trescientos “peludos” —ésta era la clave— del barrio del Tamborcito. Ahí estaban algunos Pitufos y ex porros de la BUAP. Del lado morenovallista sobresalían pandilleros del Alto y de la colonia Popular: Los Metálicos.

A las 12:30 inició el “brigadeo” de los zavalistas. Por debajo de las puertas se dedicaron a repartir propaganda negra en contra de Moreno Valle. Ahí se hablaba del despotismo del candidato del PAN y de los celulares que acostumbraba lanzarle a sus empleados. “¿Quieres un gobernador déspota e intolerante? Vota por Moreno Valle”, decía uno de los carteles que pegaron por el Circuito Interior.

El “brigadeo” de los morenovallistas inició a eso de las cuatro de la mañana. A bordo de camionetas inundaron la ciudad con carteles que exhibían al candidato del PRI:

“¡Zavala, el guatemalteco que quiere ser gobernador!”.

Otra brigada más sofisticada había empezado a trabajar desde las diez de la noche del sábado 3. Se trataba de un grupo de policías vestidos de civil expertos en seguridad personal y artes marciales. Los operadores de Moreno Valle los enviaron a hacer secuestros exprés de mapaches priistas, quienes tendrían, además, que bajar los recursos para la operación del Día D. Uno a uno, en los diferentes distritos electorales del estado, fueron sometidos los mapaches. Y los mantuvieron en diversas casas de seguridad a lo largo de la jornada: incomunicados, sin el dinero que repartirían y llenos de pavor.

Del lado priista empezaron a ver que algo ocurría, pues no sólo no bajó el dinero: tampoco llegaron los taxis supuestamente contratados.

Los mapaches fueron puestos en libertad a la una de la mañana del lunes 5 de julio, cuando el triunfo de Rafael Moreno Valle se había consumado. A esa hora buscaron a sus operadores estatales. Nadie les contestó. Unos estaban dormidos, otros curaban sus heridas en el potro del alcohol.





6

(Avenidas de Puebla, 4/7/2010)

A bordo de su Suburban blindada, Rafael Moreno Valle llegó al Presidente Intercontinental.

Ahí estaban ya Fernando Manzanilla y Eukid Castañón. Los primeros estudios demoscópicos se estaban cocinando. Habían contratado cuatro casas encuestadoras. Salvo Moreno Valle, todos sonreían en el búnker de la planta baja.

Javier López Zavala almorzó barbacoa con sus amigos de K-Paz de la Sierra en Valsequillo. Luego se fue a instalar a la casa de campaña de la 2 sur. Ahí lo esperaban René Lechuga y Óscar de la Vega. Zavala sonreía abiertamente y le decía a todo mundo que faltaban unas horas para que se convirtiera en el próximo gobernador. Javier Sánchez Galicia invitó a Juan Pablo Vergara y a Arturo Rueda a mirar encuestas en Casa Reina. Ahí desayunaron y empezaron a ver tendencias. Javier estaba involucrado en el equipo de campaña de Zavala, pero sus enemigos al interior lo habían marginado de algunas tomas de decisiones: las más importantes. Desde que se sentó ante la computadora dijo: “El candidato ya viene enfermito”.

Mario Marín recibió a Pepe Malagón en Casa Puebla. Era un domingo sin futbol pese a que en Sudáfrica se jugaba la copa del mundo. La plática giró sobre este tema. México venía de ser eliminado por Argentina, Brasil por los Países Bajos, y la propia Argentina por Alemania. Nadie imaginaba que los Países Bajos llegaría a la final, como ocurrió, y que Alemania sería eliminada por España. Marín se veía pleno, feliz, entusiasmado.

—¿Y cómo va la elección, gobernador? —le preguntó Malagón.

—Ah. No sé. Ahorita preguntamos... Pero volviendo al tema, qué lástima que ya eliminaron a Brasil y a Argentina.

Así transcurriría la tarde: hablando de futbol y con un gobernador ajeno al desarrollo de los comicios.

Desde las primeras encuestas el triunfo de Moreno Valle se vio como un hecho. Sanchez Galicia mostraba los números y hacía comentarios técnicos. En el búnker de Moreno Valle se crearon dos cuartos de guerra: en uno se mostraban los números reales y en otro los hechizos. La idea de crear encuestas falsas era que el panista Humberto Aguilar Coronado le pasara los números a Zavala. Y así ocurrió. En cada corte fueron creando la idea de que el priista iba arriba de Moreno Valle. La información le llegaba a López Zavala puntualmente. Y su ánimo iba a la alza.

—¡Ya me habló mi amigo Beto Aguilar y dice que voy arriba por cinco puntos! ¡Y su fuente es el equipo de Moreno Valle! ¡Abran el whisky, señores! ¡Zavala va a ser gobernador! —celebraba ante los suyos.



7

(Calzadas, túneles y pasadizos de Puebla, 4/7/2010)

A las cuatro de la tarde, Pepe Malagón notó que algo raro estaba pasando en Casa Puebla.

Y es que el gobernador Mario Marín no paraba de hablar del mundial de fútbol y sus protagonistas. Sobre la elección poblana simplemente no tenía opiniones ni información. —Qué bueno es el uruguayo Suárez, compañero. Luis Suárez. Me recuerda a Garrincha, el brasileño. ¿Viste jugar a Garincha?

—Bueno, gobernador, Garrincha lució en el mundial del 58, en Suecia. ¿No me digas que lo viste jugar?

—En videos sí, compañero? (Risas).

—Bueno, entonces yo también vi jugar a Alfredo Di Stéfano y a Puskas. (Risas).

—¿Y qué tal Thomas Müller? ¡Es un campeón ese germano!

Pepe quería preguntarle al gobernador cómo veía que, al decir de la información que le llegaba a su celular, Zavala iba abajo en las encuestas. Pero Marín no tenía otro tema en su agenda. Además estaba relajado, tranquilo, a veces eufórico. Nada que denotara una derrota. ¿Qué sabe él que yo no?, se preguntó en silencio. Por fin, preguntó:

—Oye, góber, ¿y cómo va Javier?

—¿Qué Javier?

—(Risas). ¡Javier López Zavala!





—Ah. No sé. Ahorita preguntamos. Seguro va bien. En ese momento, un auxiliar le pasó un teléfono. “Le habla la maestra Elba Esther, señor gobernador”, musitó.

Fuera de Casa Puebla, la realidad era otra. La diferencia entre Moreno Valle y López Zavala había aumentado. De los cinco puntos de la una y media había pasado a los ocho puntos.

El candidato del PRI llegó a su Casa de Campaña antes de las cinco y se encontró ahí a Juan Pablo Vergara y a Arturo Rueda, quienes se habían despedido de Javier Sánchez Galicia después de ser testigos del virtual triunfo del candidato del PAN. Antes de despedirse, Sánchez Galicia repitió un frase que circuló por todos lados: “El candidato ya venía enfermito”.

—¿Qué pedo, uey? ¿Que ya te chingó Moreno Valle? —le preguntó Rueda a Zavala.

—Ja. Para nada, Arturito. Ahorita te digo cómo vamos. Entonces le pidió a Óscar de la Vega que se comunicara con el panista Humberto Aguilar Coronado.

—Ya llamó, Javier. Dice que en la última encuesta de Moreno Valle sigues ganando por cinco puntos.

Zavala estalló en júbilo. Vergara y Rueda no entendían nada, pues en las encuestas a las que tuvieron acceso con Sánchez Galicia el escenario era totalmente distinto.

Saliendo de ahí, Vergara recibió una llamada de Manzanilla. De inmediato le preguntó si era cierto que Zavala iba ganando por cinco puntos. Manzanilla soltó una carcajada y dijo que lo que le acababa de decir confirmaba quién era el infiltrado en los cuartos de guerra. Luego los invitó a que fueran al Presidente Intercontinental porque ya iba a empezar la celebración del triunfo morenovallista.

8

(Calles y avenidas de Puebla, 4/7/2010)

Los zavalistas alquilaron el hotel Fiesta Inn, en el circuito interior, para celebrar la llegada de su líder a Casa Puebla.

Ahí se concentraron para recabar información, lo mismo que en la Casa de Campaña y en el PRI municipal. Joe Hernández Corona y Paco Díaz Gil contrataron los servicios de una casa encuestadora de su confianza para tener información directa —y sin maquillaje— de la jornada. A eso de la una y media de la tarde, cuando Javier López Zavala celebraba los supuestos cinco puntos de ventaja sobre Moreno Valle, don Joe y Paco recibieron el corte que le daba idéntica ventaja al abanderado del PAN. Alarmados, se lo comentaron a Antonio Hernández y Genis y a Omar Álvarez Arronte.

—Si los números no se mueven, Javier va a perder por siete u ocho puntos. Alguien está engañando al candidato.

El desánimo sólo cabía en ese grupo. El resto de los zavalistas recibía información directa de su líder. El júbilo iba en ascenso. Cuando Zavala llegó al Fiesta Inn se reunió en privado con Paloma Guillén, delegada local del CEN del PRI, y con Alejandro Armenta. Las risas y los piquetes de panza eran la constante. Zavala soltó un par de datos sobre el desánimo en el búnker morenovallista. “Dicen que Rafa le habló llorando a la maestra Elba Esther pidiéndole ayuda. ¡No sabe que los profesores están con nosotros! ¡Su amigo Zavala va a ser gobernador, mi delegada! ¿Qué se siente tener un amigo así, estimado Alejandro?”

En ese momento, un mariachi entró al hotel cantando la canción que Roberto Carlos le dedicó al papa Juan Pablo II pero con la letra cambiada. “Zavala, Zavala, Zavala, / Zavala, Zavala, Zavala”, se escuchó a todo lo alto. El candidato sonrió y pidió una de K- Paz de la Sierra con la letra también cambiada: “Pero te vas a arrepentir / si no votas por Zavala / te va a llevar la chingada / si no votas por el PRI”.

La delegada, hermana del subcomandante Marcos, intervino para pedirle al mariachi que se fuera y convocó a la prudencia.

Del otro lado, los morenovallistas habían pedido sushi para comer. El candidato del PAN revisaba números, encabezaba juntas exprés y regañaba a uno que otro operador electoral vía telefónica. Fernando Manzanilla y Eukid Castañón comentaban que la ventaja se podría ampliar de los cinco a los diez puntos en las siguientes cuatro horas. Sus rostros dejaban ver una euforia contenida.

“Pobre Zavala, va a tener que regresarse a Chiapas después de esta putiza”, musitó Eukid.





9

**(Caños, desagües y albañales
de Puebla , 4/7/2010)**

Aunque el mariachi del Osito Polar seguía cantando, los priistas reunidos tenían rostros de incertidumbre. Rosita, la de la Resurrección, animaba con su corpulencia y sus palmadas a los licenciados que esperaban al candidato. “¡Quiten esas jetas!”, les pedía al tiempo de cantar “tú eres mi hermano del alma, realmente mi amigo”.

Vergara y Rueda llegaron al salón del Presidente Intercontinental donde empezaba la celebración de Moreno Valle. Ahí andaba, bebido, Jorge Kahwagi. Repartía abrazos sin saber a quién. Su nueva cirugía apenas estaba agarrando forma. Aguilar Coronado y Augusta Díaz de Rivera veían el entusiasmo de los morenovallistas a la distancia. Beto no daba crédito de lo que pasaba. Sus

datos eran otros. El propio Manzanilla le había dicho que iban abajo cinco puntos. ¿Qué sabían ellos que él no?

—¿Qué pasó, Tigre, por qué ésa cara? ¡Ya ganamos! —le dijo, burlón, Fernando.

—Sí, Fer, sí, Fer —respondió titubeante.

Los meseros repartían champaña y vino tinto. El próximo gobernador no llegaba todavía. Desde una suite de ese hotel hacía llamadas con todo mundo: Felipe Calderón y Elba Esther Gordillo, sobre todo. Vivía su euforia de otro modo. Una llamada entró a su celular: era Armando Etcheverry, el candidato del Partido del Trabajo.

—¡Atiende a éste! —le dijo a uno de sus auxiliares—. ¡Ha de querer dinero!



En efecto: Etcheverry quería cobrar su silencio en el debate, las manos caídas contra Moreno Valle, su calidad de bulto en la contienda.

A Vergara le había presumido en corto que había negociado, con el ganador, trabajo para él y su gente, así como una cantidad de diez dedos que le permitiría seguir haciendo política. Eso sí: “siempre desde la izquierda democrática”.

La delegada del PRI mandó callar otra vez a los mariachis desde su privado en el Fiesta Inn: “¡Paren a los chingados músicos! ¿A dónde se fue Javier? ¡No es hora de celebrar nada! ¡Nos está llevando la chingada!”. Pidió entonces hablar con el gobernador Marín.

—¿Ya viste cómo nos fue, gobernador?

—Tranquila, compañera delegada. No pasa nada. En política se gana y se pierde.

Ella supo entonces que lo que sospechó en un primer momento era una absoluta realidad. No había nada que hacer. Javier estaba en la lona sin saberlo.

López Zavala regresó entre abrazos al hotel. Minutos después apresuraría a su equipo con los resultados en el interior del estado. A pregunta expresa de Vergara, diría, eufórico, que el voto verde estaba por llegar. “¡Ganamos en Chichiquila y en Palmarito Tochapan!”, celebró. Una hora después entendería que algo no previsto en su guión estaba pasando.



10

(Fiesta INN-Presidente Intercontinental, 4/7/2010)

Cuando Juan Pablo Vergara llegó al Fiesta Inn parecía un velorio.

Las luces de la parte alta se habían fundido y en esas condiciones la incertidumbre hacía de las suyas. Vergara vio rostros conocidos que lo veían con enojo. Hubo, incluso, algunos que le reclamaron abiertamente: “¿Y tú a qué vienes, Vergara? ¿Vienes a burlarte para contarle a Moreno Valle todo lo que hablemos?”.

Vergara subió a una planta alta. Ahí estaba Javier López Zavala en la antesala de entrar al aire, vía remota, con Loret de Mola y López Dóriga. En ese momento, mientras lo maquillaban, insistía en que ya venía el voto verde. En ese estado de ánimo entró a la entrevista. Loret le dijo a bocajarro:

—¿Qué pasó, candidato? ¿Qué piensa de que Moreno Valle le ganó por diez puntos la gubernatura de Puebla?

—¡No, estimado Carlos! ¡Yo gané la gubernatura!

—¡Pero si la encuesta de Mitofsky y otras le dan diez puntos a Moreno Valle!

—Yo tengo otros números...

Al término de la accidentada entrevista, malhumorado, López Zavala pidió que lo comunicaran con el gobernador Marín.

—Señor gobernador... De eso quería hablarle, gobernador... Tengo muchas quejas... El dinero no bajó, gobernador...

—¡No vayan a reconocer la derrota, Javier! Ya le dije a Paloma Guillén que por ningún motivo. Hay que impugnar, ¿eh?

Zavala colgó y preguntó a los suyos:

—¿Todavía no llega el voto verde?

Todos, salvo Moreno Valle, brindaban por el triunfo conseguido. Éste seguía revisando números, hablando con Elba Esther, checando datos con Calderón y dictando el boletín de prensa. De pronto le preguntaba a Roberto Moya o a Manzanilla lo que se decía en el búnker de Zavala.

—Están todos enojados. Muy enojados. Zavala le dijo a Loret que él había ganado con el voto verde. (Risas).

Moreno Valle sonreía de pronto. Y hasta soltaba una o dos carcajadas. Luego regresaba a esa actitud hierática que con el tiempo le criticaron algunos de sus aliados. Se empezó a transformar en minutos. Su expresión cambió radicalmente.

—Marín habló con Elba. Ya aceptó mi triunfo. Dice que van a impugnar para no parecer comparsas, pero que una vez que se agoten los recursos legales admitirá que gané —confió Moreno Valle a sus cercanos.

—Ya me voy a dormir, uey. Te encargo que todo termine de salir bien. —le dijo a Manzanilla.

Y se dirigió a su suite.





11

(Alfredo di Roma-Restaurante del Presidente Intercontinental, 5-6/7/2010)

Como cada mes, Fernando Alberto Crisanto y Juan Pablo Vergara se vieron para comer. Eligieron el Alfredo di Roma, ubicado en el Presidente Intercontinental, sede del búnker de Moreno Valle. La madrugada había sido larga. Ninguno de los dos había dormido. La adrenalina estaba en su punto más alto. Un mesero les confió que en un privado del restaurante se encontraba el candidato ganador.

Cruzaron datos, historias, chismes. “La operación de Rafa fue brutal”, asentó Crisanto. A la hora de los profiteroles, Moreno Valle salió del privado. Iba eufórico y fresco. Vio a Vergara y a Crisanto, y le dio un abrazo al segundo. Al primero lo ignoró absolutamente.

—¿Cómo viste, Fer?

—¡Chingón, maestro! Ahora viene lo difícil, ¿no? Creo que ya mostraste tu músculo, güey. Ahora hay que mantenerlo duro. ¡Eso es lo cabrón!(Risas).

—Voy para México. Elba y Marín están reunidos en el departamento de la maestra. Quedé de llegar al final.

—Marín se vio bien, ¿eh? No metió las manos.

—Ni un dedo, uey. Cumplió como los hombres. Te veo en la semana, Fer.

—Pero seguro, güey. No sea que me canceles. Con eso de que ya eres gobernador electo... (Risas).

Moreno Valle se fue sin despedirse de Vergara. Sólo

levantó la ceja derecha en calidad de “quiubo-adiós”. Siempre con un rostro serio.

Al día siguiente, Vergara desayunó con López Zavala en el restaurante del Holliday Inn de bulevar Atlixco. Javier se veía cansado. Harto. Decepcionado. En cuanto dejó de tomar llamadas, le compartió al periodista lo que pasó el domingo. La conclusión era simple pero impactante: el gobernador Marín bajó los brazos y dejó pasar la operación morenovallista. Además, sus operadores habían sido víctimas de secuestros exprés, lo que impidió que bajara el dinero.

—¿O sea que fuiste a la guerra con fusiles de madera?

—Así es, Juan Pablo. Tu amigo Zavala fue crucificado sin previo aviso. ¡Esto fue una traición! ¡Todos jugaron para que ganara Rafael! ¡Hubo un pacto con la maestra! El día de la elección Marín ni se movió. No se preocupó en ningún momento. Me dejó solo.

López Zavala estaba molesto. Se sentía traicionado por todos. Empezó a atar cabos cuando el voto verde no llegó. Durante la madrugada del día 5 tuvo reportes ominosos que le decían que había estado solo desde varios días atrás.

—¡Negociaron la cabeza de tu amigo Zavala! —dijo furioso.

12

(Cloacas y coladeras de Puebla / circa julio 2010)

López Zavala tuvo la idea de romper con el gobernador Marín en el minuto uno de su descontento.

De entrada, empezó a llamarle “Marín”. A secas. Lejos del “amigo gobernador” y más lejos aún del “hermano gobernador”.

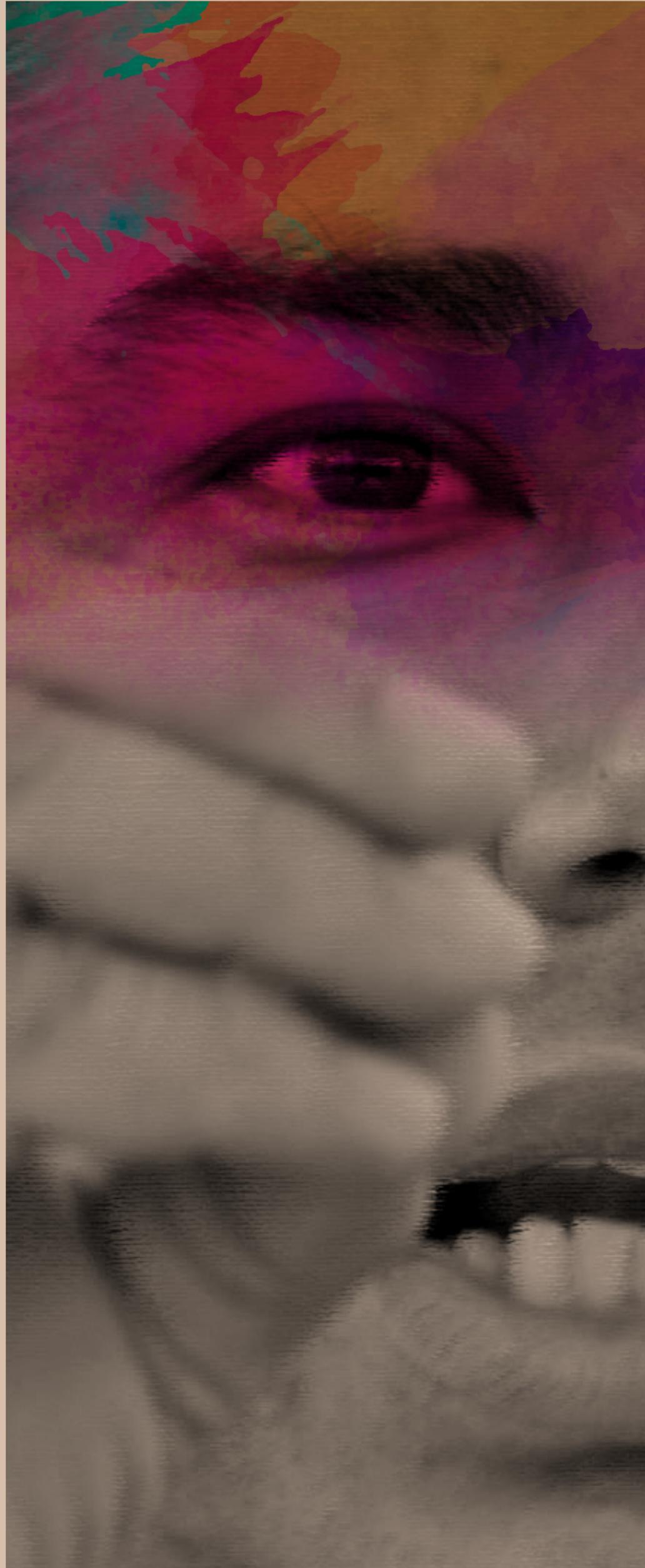
—Marín bajó los brazos como lo hizo en el 2006 para favorecer a Felipe Calderón —le dijo a Vergara en el restaurante del Holliday Inn, dos días después de la masacre.

—¿Marín? ¿Ya no es el “señor gobernador”?

—No, amigo. Ya no es mi amigo ni nada parecido. Operó con mis enemigos al bajar los brazos.

Durante esa semana, López Zavala y su gente —Alejandro Armenta y Juan Carlos Lastiri, entre otros— dijeron que no reconocían los resultados por las múltiples irregularidades ocurridas durante la jornada. En consecuencia, interpusieron un recurso de nulidad. Incluso plantearon la apertura total de las casillas. Los consejeros del Instituto Estatal Electoral desecharon la moción y terminaron por avalar el triunfo de Moreno Valle.

El domingo 11 de julio, antes de la final del mundial de Sudáfrica, Moreno Valle y sus invitados especiales desayunaron en el hotel Presidente y luego abordaron lujosos autobuses que los llevarían a la sede del instituto electoral. Bajaron con sus mejores galas y subieron a las ruinosas instalaciones. Moreno Valle ya es otro, confirmó





Vergara cuando lo vio entrar a la sala en la que le darían su constancia de mayoría, lo que lo convertiría en gobernador electo. Miraba a todos lados con un gesto de emperador. Un gesto altivo, muy lejano al del Moreno Valle candidato.

Tras su discurso oficial, los reporteros lo abordaron. A su lado estaba un sonriente Armando Prida Huerta, dueño del periódico Síntesis, a quien el gobernador electo abrazaba festivo. Vino entonces un anuncio que se clavó en el corazón de la prensa poblana. Y es que dijo que la publicidad oficial sería recortada a la mitad y que estudiaría la forma de generar una ley que castigue a los “periodistas mentirosos”.

En un momento, Vergara sintió la mirada helada de Moreno Valle. Fue cosa de tres segundos. Una mirada fría, dura, vengativa. Vergara volteó a ver si la mirada era para otro, pero no: el claro destinatario era él. Sólo él.

Camino a casa, Vergara buscó en sus recuerdos algún agravio que justificara la actitud del nuevo gobernador. Pensó entonces en sus viejas columnas del celular volador y aquéllas en las que Moreno Valle bajaba a sus colaboradores de su camioneta por algún enojo. Vio entonces su destino inmediato. Y sintió frío. Un frío similar al del portero holandés a la hora de ser batido por Iniesta en Johannesburgo.



13

(Nueva York, Puebla, circa 2010)

Una vez que Andrés Roemer se despidió, Moreno Valle le enseñó a Martha Érika su celular.

—¡Mira quién me llamó!

—¿Madoff? ¿No es el financiero encarcelado?

—¡El mismo!

—¿Y por qué no le tomaste la llamada?

—¡No! ¡Ni pensarlo! ¡Está en la cárcel! ¡Todas las llamadas las graban! ¿Cómo se vería que el gobernador electo de Puebla hable con Bernie Madoff? ¡Terrible!

—¿Ustedes tienen negocios, Rafael?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso, Martha? Salinas Pliego me presentó a Madoff en el Waldorf Astoria en 2006. Fuimos a comer. Era entonces el inversionista más exitoso del mundo. Se comía el mundo como si fuera un pastel.

—¿Cuántos años tendría entonces?

—Unos 66 años. Era un rockstar financiero. Todos tenían que ver con él. Quedé de meterle dinero a su fondo de inversiones. Te dejaba unas ganancias brutales. Usaba el esquema Ponzi. Eso me lo dijo muy a tiempo mi papá.

—¿Qué es eso del esquema Ponzi?

—Algo así como una pirámide. Ganan los de arriba hasta que pierden los de abajo. Ahí se derrumbó todo. Se descubrió su juego. Defraudó algo así como 65 mil millones de dólares. Impresionante. Una locura. Madoff quería que invirtiera en Access International. Uno de sus socios terminó suicidándose.

—¿Y para qué te busca?

—Seguramente ya se enteró que gané la gubernatura de Puebla. Ha de querer que le ayude en algo. Él sabe de mis buenas relaciones con banqueros de Manhattan.

—¿Cuántos años le dieron de condena.

—¡Ciento cincuenta años! Va a morir en la cárcel. Ufff.

Ya en Puebla, el gobernador electo recibió en su casa de Las Fuentes a un operador de López Zavala.

—¿Qué quiere Javier?

—Verte, gobernador. Tiene mucho interés en pactar contigo.

—(Risas). ¿Pactar qué? ¿No sabe que ya le gané, uey?

—Pactar hacia el futuro. Él no tiene bronca contigo. Además tiene mucha información, gobernador.

—No sé, uey. Déjame pensarlo. Yo te aviso.

Semanas después se entrevistó con el candidato perdedor. Lo invitó a cenar en su casa. López Zavala le contó toda clase de historias sobre el gobierno saliente. Estaba dolido por la traición. Moreno Valle le ofreció algunos cargos para su gente.

Por esos días recibió información importante sobre el empresario Ricardo Henaine, dueño de Valle Fantástico, El Heraldo de Puebla, el equipo de fútbol Puebla de la Franja y concesionario del aeropuerto Hermanos Serdán.

—¡Le quiero quitar todo! Para empezar las 18.7 hectáreas de Valle Fantástico. ¡Es una mamada lo que tiene para una pinche rueda de la fortuna!



SUPLEMENTO ESPECIAL
hipócritalector

| Miércoles 8 de Junio de 2022

LOS DÍAS ROJOS DE
**LÓPEZ
ZAVALA**

MARIO ALBERTO MEJÍA
